

Alessandro Baricco

Los bárbaros

Ensayo sobre la mutación

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

I barbari
Fandango Libri
Roma, 2006

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración: «Woman wearing helmet in landscape», foto © Suzy Erickson /
Getty Images

Ilustraciones de las páginas 133 y 137:

Ingres, Jean-Auguste Dominique (1780-1867): *Retrato de Louis-François Bertin*.
París, Louvre. © Foto Scala, Florencia, 1990

Ingres, Jean-Auguste Dominique (1780-1867): *Retrato de Monsieur Rivière*. París,
Louvre. © Foto Scala, Florencia, 1990

Primera edición: marzo 2008

Primera edición impresa en Argentina: septiembre 2015

© Alessandro Baricco, 2006

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6273-7

Depósito Legal: 4397-2008

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Imprenta Dorrego SRL

NOTA DEL EDITOR ITALIANO

Esta edición de *Los bárbaros. Ensayo sobre la mutación* de Alessandro Baricco, que recopila las treinta entregas publicadas en el periódico *la Repubblica* del 12 de mayo al 21 de octubre de 2006, se completa con un capítulo de Notas y otro de Fechas, a cargo de Sara Beltrame y Cosimo Bizzarri [y adiciones del traductor]. El texto conserva las referencias temporales a los días de su publicación. Aparecen marcados con un asterisco los nombres y las expresiones que remiten a las entradas de las Notas, dispuestas en orden alfabético al final de este volumen. En la sección de Fechas, los responsables de la misma proponen una selección de noticias relativas a cada uno de los días en que aparecieron las entregas correspondientes.

NOTA DEL AUTOR

Este libro tiene una extraña génesis. Lo escribí entre mayo y octubre de 2006, a un ritmo que para mí resulta más bien desaforado. Cada cinco, seis días, publicaba una entrega en el periódico con el que colaboro, *la Repubblica*. Probablemente, si hubiera decidido escribir un libro normal de ensayo, habría utilizado un lenguaje distinto, habría argumentado mucho más, habría reflexionado mucho más y, al poder volver atrás y corregir, habría construido mejor la arquitectura del discurso. Pero me apetecía hacer esa especie de trabajo en directo, ante los ojos de los lectores, más preocupado por la urgencia de pensar que por la prudencia de publicar.

Ahora este volumen recopila esas treinta entregas y las acoge en la forma más austera de un auténtico libro de verdad, para los lectores que no quisieron o no pudieron seguir las mientras nacían. He corregido muy poco y no he cambiado casi nada: me apetecía que el texto siguiera siendo lo que era en un principio, con sus debilidades, sus incautas velocidades y su franca barbarie. Así me parece que es exactamente lo que quería que fuera: la memoria de una pequeña e irregular empresa.

INICIO

No lo parece, pero esto es un libro. He pensado que me gustaría escribir uno, por entregas, en el periódico, en medio de los despojos del mundo que todos los días pasan por él. Me atraía la fragilidad del asunto: es como escribir a cielo abierto, sobre un torreón, todo el mundo mirándote y el viento soplando, todo el mundo de paso, con un montón de cosas que hacer. Y tú ahí, sin poder corregir, volver atrás, redefinir el guión. Como salga, saldrá. Y al día siguiente envolver una lechuga, o convertirte en el sombrero de un encalador. Eso en el caso de que todavía los hagan, me refiero a los sombreros, con el periódico –como barquitos en la costa de sus caras.

De vez en cuando, y no sólo en el trabajo, uno busca la indigencia. Y es probablemente una forma de recuperar cierta autenticidad.

De todas maneras, no quisiera crear falsas expectativas, por tanto quede claro que no es una novela. Una novela por entregas es algo que no me atrae en absoluto. Por tanto será un ensayo en el sentido literal del término, es decir, una tentativa: de pensar: escribiendo. Hay algunas cosas que me apetecería comprender, a propósito de lo que ocurre

a mi alrededor. Por «mi alrededor» pretendo decir la limitadísima parte del mundo en la que yo me muevo: personas que han estudiado, personas que están estudiando, narradores, gente del espectáculo, intelectuales, cosas de este tipo. Un mundo pequeño en muchos aspectos, pero en definitiva es ahí donde se alimentan las ideas, y es ahí donde yo he sido sembrado. Con el resto del mundo perdí el contacto hace mucho tiempo, y no es algo que me guste, pero es la verdad. Cuesta un gran esfuerzo comprender el propio terrón, así que no quedan muchas fuerzas para comprender el resto del campo.

Aunque tal vez en cada terrón, si uno es capaz de leerlo, se encuentre el campo entero.

Y en todo caso, como iba diciendo, hay algo ahí que me apetecería comprender. Al principio pensaba titular el libro así: *La mutación*. Lo que ocurre es que no conseguí encontrar a nadie a quien le gustara ni siquiera un poco. Qué le vamos a hacer. Pero era un título exacto. Quiero decir que ése era precisamente el asunto que me gustaría comprender: en qué consiste la mutación que veo a mi alrededor.

Si tuviera que resumirlo, diría lo siguiente: todo el mundo percibe, en el ambiente, un incomprendible apocalipsis inminente; y, por todas partes, esta voz que corre: los bárbaros están llegando. Veo mentes refinadas escrutar la llegada de la invasión con los ojos clavados en el horizonte de la televisión. Profesores competentes, desde sus cátedras, miden en los silencios de sus alumnos las ruinas que ha dejado a su paso una horda a la que, de hecho, nadie ha logrado, sin embargo, ver. Y alrededor de lo que se escribe o se imagina aletea la mirada perdida de exégetas que, apesadumbrados, hablan de una tierra saqueada por depredadores sin cultura y sin historia.

Los bárbaros, aquí están.

Ahora bien: en mi mundo escasea la honestidad intelectual pero no la inteligencia. No se ha vuelto loco todo el mundo. Ven algo que existe. Pero lo que existe yo no consigo contemplarlo con esos mismos ojos. Hay algo que no me encaja.

Podría ser, soy consciente de ello, el normal duelo entre generaciones, los viejos que se resisten a la invasión de los más jóvenes, el poder constituido que defiende sus posiciones acusando de bárbaros a las fuerzas emergentes, y todas esas cosas que siempre han ocurrido y que ya hemos visto mil veces. Pero esta vez parece distinto. Es tan profundo este duelo, que parece distinto. Por regla general, se lucha para controlar los puntos estratégicos del mapa. Pero aquí, de una forma más radical, parece que los agresores están haciendo algo mucho más profundo: *están cambiando el mapa*. Tal vez ya lo han cambiado. Debió de suceder esto mismo en aquellos benditos años en que, por ejemplo, nació la Ilustración, o en los días en que el mundo entero se descubrió, de repente, romántico. No se trataba de movimientos de tropas ni tampoco de hijos que asesinaran a sus padres. Eran mutantes que sustituían un paisaje por otro, y que allí fundaban su hábitat.

Tal vez sea un momento de éstos. Y esos a los que llamamos bárbaros son una nueva especie, que tiene branquias detrás de las orejas y que ha decidido vivir bajo el agua. Es obvio que nosotros, desde fuera, con nuestros pulmoncitos, tenemos la impresión de que se trata de un apocalipsis inminente. Donde esa gente puede respirar, nosotros nos morimos. Y cuando vemos a nuestros hijos anhelando el agua, tenemos miedo por ellos, y ciegamente nos lanzamos contra lo que únicamente somos capaces de ver, esto es, la sombra de una horda bárbara que se aproxima. Mientras tanto, los susodichos niños, bajo nuestras

alas, respiran ya con dificultad, rascándose por detrás de las orejas, como si ahí hubiera algo que necesitara ser liberado.

Es entonces cuando me entran las ganas de comprender. No sé, tal vez tenga algo que ver esta curiosa asma que cada vez más a menudo me asalta, y esta extraña inclinación a nadar largo rato bajo el agua, justo hasta que no encuentro en mí unas branquias capaces de salvarme.

En fin. Me gustaría mirar esas branquias de cerca. Y estudiar a ese animal que se está alejando de la tierra, y que se está convirtiendo en pez. Me gustaría examinar la mutación, no para explicar su origen (esto está fuera de mi alcance), sino para conseguir, aunque sea desde lejos, dibujarla. Como un naturalista de los de antes, que dibuja en su cuaderno la nueva especie descubierta en un islote australiano. Hoy he abierto el cuaderno.

¿No entendéis nada? Es natural, el libro ni siquiera ha empezado.

Un libro es un viaje para caminantes pacientes.

A menudo los libros empiezan con un rito que me gusta mucho, y que consiste en elegir un epígrafe. Es ese tipo de frasecita o de cita que se pone en la primera página, justo después del título y de la posible dedicatoria, y que sirve como viático, como bendición. Por ejemplo, éste es el epígrafe de un libro de Paul Auster:

«El hombre no tiene una sola y única vida, sino muchas, enlazadas unas con otras, y ésa es la causa de su desgracia» (Chateaubriand).

A menudo suenan así: digan la chorrada que digan, tú te la crees. Apodícticas, para decirlo en la lengua de los que respiran con los pulmones.

A mí me gustan las que trazan los límites el campo. Es decir, que te dejan comprender más o menos en qué campo

va a jugar ese libro. Al gran Melville, cuando se trató de elegir el epígrafe para *Moby Dick*, se le fue un poco la mano y acabó seleccionando cuarenta citas. Ésta es la primera.

«Y Dios creó las ballenas» (Génesis).

Y ésta es la última:

«Rara y vieja ballena, entre galernas / siempre estará tu casa en el océano, / gigantesca en poder, reinando fuerte / como rey de los mares sin fronteras» (*Canto de balleneros*).

Creo que era una forma de dar a entender que en ese libro iba a estar el mundo entero, desde Dios a las ventosidades de los marineros de Nantucket. O, por lo menos, éste era el programita de Melville.

¡Alma cándida!, que diría Vonnegut,* con sus signos de exclamación.

De manera que, para este libro, yo habría escogido cuatro epígrafes. Lo justo para señalar los límites del campo de juego. Éste es el primero: procede de un hermosísimo libro que hace poco que acaba de salir en Italia. Lo escribió Wolfgang Schivelbusch* y se titula *La cultura de los derrotados*. (Es de esa clase de títulos a los que, siendo uno seguidor del Toro,* no puede resistirse.) Esto es lo que dice en un determinado momento:

«El miedo a ser derrotados y destruidos por hordas bárbaras es tan viejo como la historia de la civilización. Imágenes de desertización, de jardines saqueados por nómadas y de edificios en ruinas en los que pastan los rebaños son recurrentes en la literatura de la decadencia, desde la antigüedad hasta nuestros días.»

Copiadlo y guardadlo.

Segundo epígrafe: el segundo epígrafe lo encontraréis en la próxima entrega.

Qué fuerte sopla el viento aquí arriba, en este torreón.

Επίγραφες

EPÍGRAFES 1

El segundo epígrafe de este libro viene de lejos. Siete de mayo de 1824. Beethoven presenta, en Viena, la *Novena* sinfonía. Lo que de verdad ocurrió ese día es una historia que antes o después me gustaría relatar. No aquí, no es éste el lugar apropiado. Pero os digo que tarde o temprano lo haré, porque comprender es algo importante. «Cuántas cosas nacen o mueren en un instante» es una frase de Roxana, en el *Cyrano*, pero que también resulta apropiada para la noche en que por primera vez escucharon los seres humanos el *Himno a la alegría* (pocos seres humanos, porque muchos, aburridos, a mitad de concierto salieron pitando). Menudos momentos. Antes o después será necesario decidirse a relatarlo, la verdad. Pero no ahora, de todas formas.

No ahora, pero hay algo que quisiera decir, porque creo que está relacionada con los bárbaros, y se trata de que Beethoven esa noche fue al teatro vestido con un frac verde, no tenía ninguno de un color más decente, más respetable, de manera que tuvo que vestirse con aquel frac verde, y en cierto modo, mientras salía de casa, ésa era su mayor preocupación, qué iban a decir de su frac trágica-

mente verde; y entonces su secretario, que se llamaba Schindler, lo tranquilizó, y le dijo que no tenía que preocuparse porque el teatro con toda seguridad estaría en penumbra y por tanto era improbable que la gente se diera cuenta del color exacto de su frac, que era, como queda dicho, verde.

Así fue como ocurrió. Y cuando llegue a la vigésima entrega de este libro, me resultará más fácil explicaros lo importante que es esta anécdota: será dentro de unos meses, pero entonces no tendréis dificultades para comprender esta frase: *se trataba también de una cuestión de cómo iban vestidos*. Lo prometo.

En fin. Que no era de esto de lo que quería yo hablar. Estaba en el segundo epígrafe. Veamos, apareció la *Novena* de Beethoven y resulta curioso darse cuenta de cómo se la tomaron. La gente, los críticos, todo el mundo. Era justamente uno de esos momentos en que algunos de los seres humanos se descubren las branquias detrás de las orejas y empiezan a pensar con timidez que estarían mejor dentro del agua. Estaban a las puertas de una mutación letal (luego la hemos llamado Romanticismo. Todavía no hemos salido de ella). Por tanto es muy importante ir a ver qué dijeron y qué pensaron en ese momento. Y veamos lo que escribió un crítico londinense, al año siguiente, cuando por fin pudo leer y escuchar la *Novena*. Me interesa destacar que no era ningún idiota, y que escribía para una revista prestigiosa que se llamaba *The Quarterly Musical Magazine and Review*. Y esto fue lo que escribió, y lo que aquí pongo yo como segundo epígrafe:

«Elegancia, pureza y medida, que eran los principios de nuestro arte, se han ido rindiendo gradualmente al nuevo estilo, frívolo y afectado, que estos tiempos, de talento superficial, han adoptado. Cerebros que, por educa-

ción y por costumbre, no consiguen pensar en otra cosa que no sean los trajes, la moda, el chismorreó, la lectura de novelas y la disipación moral; a los que les cuesta un gran esfuerzo sentir los placeres, más elaborados y menos febriles, de la ciencia y del arte. Beethoven escribe para esos cerebros, y parece que tiene cierto éxito si he de hacer caso a los elogios que, por todas partes, veo brotar respecto a este último trabajo suyo.»

Voilà.

Lo que me hace gracia es que la *Novena*, en nuestros días, es precisamente uno de los baluartes más altos y sólidos de esa ciudadela que está a punto de ser asaltada por los bárbaros. Esa música se ha convertido en bandera, himno, fortificación suprema. Es nuestra civilización. Bueno, pues tengo que daros una noticia. ¡Hubo una época en que la *Novena* fue la bandera de los bárbaros! Ella y los lectores de novelas: ¡todos bárbaros! ¡Cuando los veían aparecer por el horizonte, corrían a esconder a sus hijas y sus joyas! Vaya sustos. (Dicho sea como inciso: ¿cómo se llegó a pensar que los que NO leen novelas son los bárbaros?)

A propósito de la *Novena*, oíd esta otra: ¿por qué los CD tienen esa determinada cantidad de minutos de música? De hecho, cuando los inventaron, podían haberlos hecho un poco más grandes o un poco más pequeños, ¿por qué tienen exactamente esa medida? Respuesta: en la Philips,* en 1982, cuando tuvieron que tomar una decisión, pensaron esto: tiene que caber dentro completa la *Novena* sinfonía de Beethoven. En aquella época se requería un soporte de 12 centímetros para hacer algo parecido. Así nació el CD. Todavía hoy un disco de Madonna, pongamos por caso, se mide según la duración de esa sinfonía.

Es curioso, ¿verdad? Pero ¿es cierto? No lo sé. Lo leí en una revista francesa que se llama *L'Echo des Savanes*, y en una de cada tres páginas te encuentras con mujeres desnudas y cómics. Cuando uno va en tren, en medio de toda la gente, leerla supone un gran esfuerzo, sobre todo si ha crecido como católico. En su campo, no obstante, es una revista de prestigio, por mucho que se me escape, de hecho, cuál es su campo. En cualquier caso, el asunto que me interesa es que la anécdota de la Philips, aunque no sea verdadera, dice algo perfectamente verdadero, esto es, el carácter totémico y absoluto de la *Novena*. Y lo dice con una capacidad de síntesis que no he encontrado nunca en decenas de libros sin mujeres desnudas. Esto me gusta, y tiene que ver con este libro. ¿En qué consiste esta nueva forma de verdad, probablemente imaginaria, pero tan exacta que convierte en inútil cualquier clase de comprobación? ¿Y por qué precisamente ahí, entre tetas y culos? Es algo sobre lo que, si lo consigo, volveré en el tercer capítulo de este libro. Me falta todavía comprender bien de qué van a hablar los dos primeros.

Tranquilos. Estoy fingiendo. Tengo un plan. Por ejemplo, sé que iré a escribir el último capítulo del libro a la Gran Muralla china.

Está bien. Pasemos al tercer epígrafe.